

EL LEGADO DE LA REVOLUCIÓN QUITENA

Jorge Núñez Sánchez

La historia no es solo el relato de lo que pasó. Es sobre todo un compromiso que cada generación tiene de pensar sobre el pasado y futuro de su país. Como parte de ese compromiso con nuestra memoria, hay dos preguntas que deben ser respondidas por los ecuatorianos de hoy: ¿Qué significó la Revolución Quiteña?, y ¿cuál es el legado histórico del Diez de Agosto?

No es fácil responder a esas preguntas, como no fue fácil el proceso de esa revolución, tan llena de remolinos y corrientes encontradas, de luces y de sombras. Por eso, hay que rescatar sus esencias y aun sus contradicciones, para valorar con justicia la lucha de esos hombres y mujeres que la llevaron adelante y que, en la mayoría de los casos, pagaron con su vida la osadía de buscar una patria autónoma e independiente.

La principal constatación es que fue el punto de partida de una revolución

anticolonial. Hay historiadores y estudiosos contemporáneos que han tratado y tratan de negarle al movimiento del Diez de Agosto una intención revolucionaria.

Dicen que sus proclamas nunca hablaron de independencia, sino, más bien, de fidelidad a Fernando VII. Todo ello es verdad, pero no es toda la verdad. Porque esos quiteños de 1809, aunque no proclamaron la independencia de su país frente a España, en la práctica tomaron medidas que apuntaban en ese sentido: destituyeron y apresaron a las autoridades españolas, formaron un gobierno enteramente criollo y organizaron un cuerpo de tropas para luchar contra sus enemigos. Políticamente hicieron algo todavía más importante: convocaron a participar en su gobierno a otras provincias y regiones americanas, buscando una subversión generalizada del orden colonial y el establecimiento de un gobierno autónomo sudamericano.



En cuanto a sus proclamas de fidelidad a Fernando VII, estas deben entenderse en su justa dimensión. Los quiteños aspiraban a lograr algo similar a lo que había logrado el Brasil: que su rey se viniera a reinar en América y dejara la península en manos de Bonaparte.

Pensaban que de este modo, formando una monarquía borbónica americana, serían fieles al monarca y, al mismo tiempo, se independizarían del dominio de España y evitarían que las riquezas de su suelo siguieran beneficiando a la península ibérica. Todo ello está expresado con absoluta claridad en un documento subversivo que fue redactado por los patriotas quiteños y distribuido a toda América, unos meses antes de la revolución de agosto. Se titula "Catecismo en que debe estar instruido todo fiel vasallo de Fernando 7º", y formula una lección por demás expresiva: "Clamad sin cesar viva Fernando Séptimo y la América independiente; gracias al Todopoderoso por haberos proporcionado el camino de vuestra felicidad. ¡Viva Fernando Séptimo y la dulce independencia!"

Las autoridades coloniales entendieron desde el primer momento que el movimiento quiteño tenía una intención revolucionaria y que la mayor prueba de ello estaba en la destitución de los administradores reales de Quito. Por eso, el Virrey del Perú, Fernando de Abascal, y luego, el Virrey de Nueva Granada, Movilizaron prontamente sus fuerzas para aplastar ese movimiento insurgente, temerosos de que éste lograra tener ecos en el resto del continente.

El punto culminante de ese esfuerzo represivo fue la masacre del 2 de agosto de 1810, en la que fueron asesinadas alrededor de trescientas personas, lo que equivalía al uno por ciento de la población capitalina.

Mas esa represión no atemorizó a los revolucionarios quiteños, que, por el contrario, se lanzaron nuevamente a la lucha y radicalizaron progresivamente sus planteamientos políticos. Así, para 1812 se aprobó la Constitución del Estado de Quito, que consagraba la independencia del país quiteño y establecía un gobierno de tres poderes, pese a que reconocía como Jefe de Estado al mismo Fernando VII. Por desgracia, la casi inmediata derrota militar de los patriotas impidió la aplicación práctica de esa Constitución y la consolidación del naciente Estado de Quito.

Una reflexión inevitable es la referida a las causas del fracaso final de esa revolución anticolonial. Todo indica que faltaron mayores conocimientos militares y sobraron conflictos políticos internos. Y es evidente que faltó una mayor aproximación a las masas indígenas, a quienes los líderes criollos veían con recelo y desconfianza, siendo retribuidos de igual forma.

Con todo, pese a sus limitaciones, errores y equívocos, ese movimiento fue el punto de partida del proceso de independencia hispanoamericano, el cual, a su vez, fue un hito importante en el proceso de descolonización del mundo. Un proceso que comenzó entonces y que, paradójicamente, no ha concluido todavía, como lo muestran la presencia en Cuba de la base militar norteamericana de Guantánamo, la forzada posesión de Inglaterra sobre las Islas Malvinas o la situación neocolonial de Puerto Rico.

Mirada desde hoy, la Revolución Quiteña es también fuente de otra importante lección histórica: nos muestra que solo el combate enseña al hombre lo que realmente puede lograr.